

Las colecciones de Documentos de Trabajo del CIDE representan un medio para difundir los avances de la labor de investigación, y para permitir que los autores reciban comentarios antes de su publicación definitiva. Se agradecerá que los comentarios se hagan llegar directamente al (los) autor(es).  
❖ D.R. © 2000, Centro de Investigación y Docencia Económicas, A. C., carretera México-Toluca 3655 (km. 16.5), Lomas de Santa Fe, 01210 México, D. F., tel. 727-9800, fax: 292-1304 y 570-4277. ❖ Producción a cargo del (los) autor(es), por lo que tanto el contenido como el estilo y la redacción son responsabilidad exclusiva suya.



**NÚMERO 04**

---

Jean Meyer

**EL GRAN JUEGO O ¿QUÉ ESTAMOS HACIENDO AQUÍ?  
(LOS OFICIALES FRANCESES EN MÉXICO, 1861-1867)**

## Resumen

En el marco de una biografía colectiva del cuerpo de los oficiales que participaron en la intervención francesa en México (1862-1867), recopiló los juicios que estos hombres emitieron, inmediatamente después de su llegada a México, sobre la “gran idea del reinado” de Napoleón III. Se trata de opiniones y análisis “en caliente”. “¿Qué diablos estamos haciendo aquí?”, se preguntan con total libertad de expresión esos oficiales que, si bien pueden respetar a Maximiliano o deplorar el destino que sin duda les espera, piensan que la equivocación no podía ser mayor y terminan celebrando la victoria de Juárez.

## Abstract

In the framework of a collective biography of the French military officers involved in the French Intervention in Mexico (1862-1867), I have compiled their immediate impressions of Napoleon III's “great idea of the Reign”. This paper deals with the opinions of and analysis made by these officers “in the heat of the moment”. “What the hell are we doing here?”, those military officers asked themselves with total liberty. Although they mightwell have respected Maximiliano, or have deplored the destiny that surely awaited them, they believed that no greater mistake could have been made and in the end they rejoiced at Juarez's victory.

## *Introducción*

La política exterior de Napoleón III se caracterizó por la idea de nacionalidad. Por lo mismo su historia quedó estrechamente ligada a la unidad italiana, a la unidad alemana y también a los nacionalismos rumano y mexicano. El emperador en busca de gloria y prestigio no dudó en intervenir en el mundo entero. En el Oriente mediterráneo la preponderancia francesa fue asegurada por las victorias de la Guerra de Crimea (1854-1856), seguidas de la expedición de Siria (Líbano, 1860) y la realización del canal de Suez (1859-1869). La idea de otro canal transísmico no fue ajena a la intervención en México. La ocupación de Nueva Caledonia y de Obok, el fin de la conquista de Argelia, la conquista de Senegal y Conchinchina, así como el protectorado de Camboya fueron eventos que desarrollaron y exhibieron el poder colonial francés. En cambio, la guerra de México (1861-1867) fue una nefasta aventura que terminó de manera catastrófica.

América era un continente vetado a las ambiciones europeas. Estados Unidos lo había manifestado claramente en la declaración de Monroe, pero la guerra de Secesión que empezó en 1861 y que cortó en dos a la gran república pareció cambiar la situación de modo que Napoleón III creyó posible aprovechar la oportunidad. De manera oportuna para sus proyectos, el gobierno mexicano acababa de comprarse un pleito en Europa. Los liberales, victoriosos en la guerra civil de los Tres Años (1858-1860), habían suspendido el pago de los intereses de la deuda externa y cobraban un impuesto a los residentes extranjeros. Esas medidas provocaron la triple intervención de España, Inglaterra y Francia quienes desembarcaron algunas tropas a fines de 1861. Inglaterra no perseguía más que fines económicos, por eso se retiró tan pronto como descubrió que sus aliados tenían otros proyectos. España hizo lo mismo cuando el general Prim entendió que los franceses no le iban a dejar el papel estelar que soñaba desempeñar. Napoleón, en lugar de retirar sus tropas, les dio la orden de marchar sobre México, doblando las apuestas. Planeaba alejar de México a los empresarios norteamericanos y desarrollar el país para mayor provecho de los capitalistas franceses: —la plata mexicana tuvo un papel importante en ese espejismo. Se dejó convencer por su esposa, la española Eugenia de Montijo, y por algunos monarquistas mexicanos residentes en París, para fundar un régimen político estable y dar una corona al archiduque Maximiliano, hermano del emperador de Austria.

La historia de la guerra de Intervención y del Imperio es de sobra conocida. Un año fue necesario para tomar Puebla y la guerra de guerrillas ulterior demostró que el problema político no tenía solución militar. Al terminar la guerra de Secesión en 1865 el triunfo del Norte obligó a Napoleón a repatriar sus tropas. La permanencia de Maximiliano en México y su fusilamiento en el Cerro de las Campanas el 19 de junio de 1867 subrayaron la dimensión del fracaso. El imperio de

Napoleón III y el ejército francés sufrieron en su prestigio, hasta en su honor, justo cuando la situación de Francia en Europa se encontraba comprometida por el crecimiento repentino de la potencia militar prusiana. La aventura mexicana sacaba a la luz las fallas y los vicios de la política imperial.

Durante cinco años las tropas francesas se quedaron en México. Entre sus filas se encontraban un millar de oficiales cuya sociología histórica estoy terminando de redactar. El presente texto pretende dar a conocer su punto de vista sobre la intervención. Hay que recordar que el ejército no fue un actor autónomo sino el instrumento del sueño napoleónico. En un documento de trabajo anterior, también publicado por el CIDE, se describe la mirada, la versión que de México tuvieron los hombres que participaron en la expedición francesa.

Jean Meyer

\*\*\*

No cabe duda, el ejército francés del siglo XIX nada tiene que ver con la “grande muette”<sup>1</sup> que surgió en 1900, ni tampoco con la idea que tenemos de los militares en el siglo XX. Esos oficiales tienen la lengua-pluma suelta en su correspondencia privada, en su bitácora, pero también en su correspondencia oficial. París no pudo quejarse de no recibir información. Eran locuaces, también críticos, muy críticos, y bastante liberales, ya fueran bonapartistas, republicanos (he podido identificar a 12 republicanos, incluso en 1871, un oficial participó en la Comuna), orleanistas o legitimistas. Esa libertad de palabra crítica era lo normal:

...artilleros y zapadores, imbuidos del espíritu de la Escuela Politécnica, de la cual salían casi todos, eran liberales, para no decir contestatarios. Les dejaban la rienda suelta porque sus opiniones no disminuían para nada su valor militar.<sup>2</sup>

Los soldados de caballería, infantería, marina no se quedaban atrás.

### ***Reacciones de los mexicanos a la intervención***

Los oficiales, sin excepción, no se hacen ilusiones, consideran perfectamente normal la hostilidad de los mexicanos, se asombran más bien de la actitud contraria y entienden los altibajos de los sentimientos mexicanos a lo largo de los años. El 5 de febrero de 1864, el coronel Manèque señala que

<sup>1</sup> Jean Meyer, “El mudo grande” en *México en un espejo*, Documento de trabajo, México, CIDE, 2000.

<sup>2</sup> Général du Barail, *Mes souvenirs*, París, Plon, II vol., 1913, p. 243.

...los empresarios de origen francés se mostraron en general muy hostiles a la intervención; se trata del interés comercial, el menos confesable. Hemos encontrado contra nosotros únicamente el temor de comprometerse, antes que nuestra superioridad militar fuese bien establecida. En ninguna parte las masas nos han sido hostiles. [Ver anexo]

Oscar Lahalle nota (1863) con asombro el entusiasmo con que la capital recibe al ejército francés, así como le había sorprendido la alegría de la población de Cholula ante los vencedores de San Lorenzo. Con neutralidad apunta la hostilidad silenciosa de algunos pueblerinos que no ayudan a la tropa del general Castagny en su marcha hacia San Luis Potosí; también resalta el apoyo de los indios en la marcha sobre Oaxaca. Sin extenderse en los comentarios, pinta la frialdad de Saltillo, la cordialidad de Monterrey. Nunca llega a decir como Grodvolle “somos unos intrusos” (30 de abril de 1865), ni como Loizillon (9 de junio de 1863) “el pueblo nos odia”. Pero el mismo Grodvolle, en otra ocasión había apuntado: “querían aplicarnos la ley del hielo, pero los franceses somos tan amables” (México, 8 de julio de 1863).

El coronel del 7º regimiento de infantería escribe en su *Journal de Marche*: “Las relaciones de los habitantes con nosotros eran buenas en apariencia, aunque, en el fondo, eran hostiles a la intervención”. A la intervención, pero no a los franceses. “Generalmente nos presentaban buena cara y hasta fraternizaban con el soldado francés cuya alegría y espíritu apreciaban (...) En casi todas las ciudades con guarnición nuestra, el ejército y la población se agasajaban mutuamente. En Orizaba el 7º de Línea ofrece a los habitantes un baile de todo un día que fue luego devuelto por la población. En Durango, toda la guarnición, encabezada por el general Castagny, ofrece un gran baile y los habitantes lo devuelven con brío. El mismo general acostumbraba decir a sus oficiales: “Acuérdense que en este país la mejor manera para tener a los hombres es agradar a las mujeres”<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Teniente Coronel Bourdeau, “La guerre au Mexique”, *Journal de Marche du 7e Régiment d'Infanterie*, Paris, Chapelot, 1894.

En la tierra caliente de Veracruz y Tamaulipas eso no ocurrió nunca. El capitán de navío Henri Rivière señala que la vida fue excesivamente pesada para los “egipcios”:<sup>4</sup>

Nadie les hablaba, nadie los recibía. Cuando caminaban por la calle, la gente los evitaba y cerraban la puerta de su casa. La aversión mexicana para nosotros se manifestaba con esas protestas silenciosas que uno puede, al principio, desdeñar, pero que terminan por perturbar y entristecer a la persona más indiferente. Nuestros marineros y soldados aguantaban, pero, cosa extraña, los “egipcios” se volvían nostálgicos y se morían.<sup>5</sup>

A fines de 1865, en Tlacotalpan:

...los habitantes se separaban de nosotros. Los pocos que se dignaban a hablar nos decían: ‘ustedes nos abandonaron hace dos años, pese a sus promesas, y nos entregaron a la venganza de los liberales. Aun así, la mayoría estaría con ustedes si no creyera que vosotros la volverían a abandonar. (...) Por eso nos mantenemos a un lado, esperando que los acontecimientos decidan’. [Rivière:100-101].

### ***El honor perdido***

Ese problema acabó siendo la pesadilla de los oficiales superiores. El general Brincourt, especialista en la contraguerrilla indígena, desde Puebla (1862) hasta Chihuahua (1866), señala en muchas ocasiones que “los indios terminan por considerarnos como sus amigos, fraternizan con nuestros soldados y los llenan de aguardiente (en español el original)” (Córdova, 10 de diciembre de 1862). El 5 de septiembre de 1865 escribe, desde Chihuahua que: Los asuntos de mi gobierno no pueden ir mejor. La confianza renace, la agricultura, el comercio, la industria están en pleno auge, las carreteras permanecen seguras, gracias a los indios de la sierra que me quitan a las pandillas.

Precisamente porque ha ganado y comprometido a la población, no admite la retirada que le ordena el alto mando y presenta su renuncia el 17 de octubre de 1865:

Mi general (Castagny):

El correo que acaba de llegar me trae su carta confidencial del 7 de octubre [la que le ordena regresar a Durango, N. del A.]. Veo con dolor que hay que abandonar Chihuahua al enemigo.

<sup>4</sup> Sujetos del soberano de Egipto, eran negros del Sudán.

<sup>5</sup> Capitán de navío Henri Rivière, *La marine française au Mexique*, París, Challamel ainé, 1881.

No creo exagerar las consecuencias de tal retirada al afirmar que va a dar un nuevo alimento a la guerra, que tomará el carácter de una lucha nacional.

Pero lo que, más que todo, me es desagradable es que he tenido acá, de manera inocente, el papel de burlador; vine, en nombre de Francia, en nombre del emperador Maximiliano, a ofrecer la paz, la seguridad, la protección de nuestras armas, a una población oprimida por Juárez y sus partidarios.

Según las instrucciones de mis jefes, he organizado al país, sustituyendo las autoridades juaristas por hombres de paz, a los cuales pedí su adhesión al régimen imperial (...) Gané las poblaciones indígenas de la Sierra en un movimiento de regeneración: les hice combatir a los disidentes en el interés de la causa imperial; y resulta que hoy tengo que abandonar a los excesos y a las venganzas de los liberales miles y miles de pobre gente, que confiaron en mi palabra (...)

Por cierto, los motivos de nuestra retirada han de ser muy poderosos,<sup>6</sup> ya que exigen del ejército francés un paso atrás que compromete su honor.

No me corresponde apreciar dichos motivos; me toca obedecer. Pero prefiero romper mi espada antes de mancharla.

Le ruego por lo tanto, mi general, relevarme de mi mando (...) Presentaré mi renuncia si es necesario.

Por lo menos, nadie podrá decir que he abandonado a unos infelices, después de haberlos engañado, que me retiré frente a un enemigo imaginario o sin combatir. Y, si como lo imagino, las poblaciones se levantasen poco a poco, detrás de nosotros, nadie podrá decir que perdí, por mi debilidad, los frutos de la intervención y precipité la retirada del ejército francés (...)

Tengo la conciencia tranquila cuando asumo toda la responsabilidad de una resistencia que calificarán de oposición o indisciplina. Si usted juzga que debemos obedecer inmediatamente, quíteme el mundo para darlo al coronel (Simon) Carteret (Trécourt), para que conste que he resistido una orden que me deshonra.

Castagny transmitió esa carta al mariscal Bazaine y dio la orden a Brincourt de conservar el mando, hasta llegar a Durango. Furioso, Brincourt viajó a México y pidió seis meses de licencia “por razones de salud”. Cuando le fue concedida, escribió a su familia: “es muy probable que no volveré a México”. Así fue.

En privado, había escrito:

Santa Rosalía [Chihuahua], 24 de octubre de 1865.

Queridos padres:

Todo indica que nuestra salida produjo el más triste efecto. Nos han extrañado todos, hasta los liberales rabiosos que temen los excesos de sus propios jefes y empezaban a humanizarse un poco. Los habitantes y especialmente las habitantes han logrado quedarse con unos 20 soldados míos que han desertado (cosa maudita en el ejército francés), convencidos de que nuestras tropas no volverán más y en la esperanza de vivir felices aquí. Los empleados de las administraciones instalados por mí nos han acompañado. Nos sigue un convoy de pobres diablos, de

<sup>6</sup> Efectivamente, Brincourt no sabe que Napoleón III ya decidió poner fin a la intervención debido a la presión de Estados Unidos. Sólo Bazaine, Douay y Castagny conocen el secreto.

mujeres y de niños, a los cuales hago dar cada día el ordinario del soldado, que duermen bajo tiendas de campaña o debajo de carros, asados de día, congelados de noche. ¡Se me parte el alma!

Me dicen: '¿por qué vinieron ustedes? ¿Por qué nos hicieron reconocer a un emperador que no se preocupa por nosotros? ¿Por qué meternos en unas administraciones que no deben funcionar y exponernos a la venganza de nuestros enemigos políticos? ¿Por qué hacemos apreciar el valor, la honestidad de vuestros soldados? ¿Por qué prometernos su apoyo, ya que se los llevan y nos abandonan? Los seguiremos, comeremos sus sobras, antes que caer en manos de los chinacos. Protéjanos, dénos de su galleta aceda y los bendeciremos, ¡con todo y el gran mal que ustedes nos han causado!'

¿Qué contestar? (...) Me dan la orden de volver a Durango y se obstinan en no decirme por qué. ¡Tengo que adivinar! ¿Qué pasa? ¡No sé! Resistí cuanto pude. Rogué me relevaran del mando, escribí que no podía entregar una provincia conquistada al enemigo, sería como entregar las armas; que preferiría romper mi espada antes que mancharla. Se me exige ejecutar las órdenes, sin perseverar más en mi desobediencia y el Mariscal me da permiso de ir a México, con licencia; acá me dará, quizá, la clave de esa política que me cubre de lodo a lo largo de mi marcha.

Los oficiales de la campaña de Sonora, Sinaloa, Tepic, los que comprometieron a Tánori y a Lozada, sintieron la misma vergüenza.

Bonneau du Martray escribe el 18 de julio de 1866, desde San Luis Potosí:

Hace dos años las tropas francesas, al entrar a San Luis, fueron cubiertas de flores. La recepción de hoy fue gélida. Y eso que era el mariscal en persona quien hacía su entrada. Hace dos años, creían que traíamos la paz y la prosperidad (...) Los que nos odiaban al principio, nos maldicen ahora, porque los hemos engañado. Nuestra bandera se va a retirar humillada y corrida por las amenazas de Estados Unidos.

Con un post scriptum, del 20 de julio: "¡Honte sur toute la ligne!" (¡Vergüenza, pura vergüenza!)

### ***Juicios sobre la Expedición***

No trato las críticas profesionales en contra del mando militar, a todos los niveles: fueron abundantísimas y en gran parte ligadas al "impasse" político en el cual se sentían inmersos la tropa y los oficiales. Quiero presentar la opinión de los oficiales, no sobre la conducta de las operaciones, sino sobre toda "l'affaire" (el asunto), sobre la intervención francesa. No hay un solo oficial para defender "el gran sueño del reinado", la "gran idea" de Napoleón III; no hablo de juicios a posteriori, después del regreso a Francia, sino de las reacciones que suceden día a día.

Seguiré el orden cronológico para fortalecer la demostración. La correspondencia de dos oficiales da el tono. El capitán Philippe Ledémé criticó vívidamente la expedición, incluso antes de la derrota del 5 de mayo de 1862.



Después de las victorias de 1863, el 1° de noviembre exclama: “¡Qué expedición más absurda! El emperador ha de encontrarse bien molesto al entender en qué lío se metió”. 30 de marzo de 1864 (León):

Si el mariscal Randon (ministro de Guerra) fuese capitán o subteniente en México, constataría el profundo asco en el seno de la expedición; sí, el ejército entendió que no sirve a los intereses de Francia. Atribuir esos descontentos a otros motivos, es conocer mal al ejército francés.

México, 10 de enero de 1865: “En medio del caos, caminamos sin rumbo, nadie sabe lo que se busca”. México, 2 de febrero de 1866: “los más ardientes defensores de la expedición han tenido que reconocer que nos encontramos menos avanzados que hace un año y que el imperio de Maximiliano terminará con nuestra presencia acá”. 1° de abril de 1866: “He leído lo que dicen de México en las Cámaras: Jules Favre, les parece exagerado, no dice ni la cuarta parte de la verdad”.<sup>7</sup>

El teniente, luego capitán (1863), Henri Loizillon mantiene hasta 1867 la misma línea de 1863. En 1863, después de la toma de Puebla y de la entrada triunfal a México, escribe a su familia: “En todo el ejército, no hay sino un solo deseo: regresar a Francia y ese deseo lo tengo más que nadie”. El 26 de agosto de 1864: “Empiezo a dudar del porvenir de este desgraciado y riquísimo país; para Maximiliano, fuera de los liberales, fuera del ejército y de una mano de hierro, no hay salvación”. 2 de enero de 1865: “Hay que seguir hundiéndose en este lodazal y es lo que hacemos. El Emperador es demasiado bueno, débil, no es el hombre de la situación”. 5 de mayo de 1865: “Mientras más avanzamos, peor se vuelve nuestra situación, y más difícil para Francia encontrar una salida”. 26 de julio de 1866: “Franceses y mexicanos maldicen la intervención. Todo lo que ocurre es tan lamentable que no puedo creer que vayamos a dejar México de una manera tan vergonzosa”. En una de sus últimas cartas, poco antes de embarcar, escribe (9 de noviembre de 1866): “Pero que se cuide el Emperador (Napoleón): engañó a todo el mundo, no engañará a nadie más”.

Ahora que está todo dicho viene una retahíla de citas que comprueban que Ledémé y Loizillon no son excepcionales.

## 1862

El capitán artillero Paul Guinard, caído el 16 de mayo de 1863, justo antes de la rendición de Puebla, escribe a los suyos el 25 de abril de 1862 (Orizaba): Ustedes saben que en el ejército se está menos informado que nadie de las causas verdaderas de los acontecimientos. Participamos en ellos, pero como comparsas y sin conocer el guión.

<sup>7</sup> El lector mexicano encontrará un resumen y un análisis de los discursos de Jules Favre, enemigo de la intervención, en José María Iglesias, *Revistas Históricas sobre la Intervención Francesa en México(1868)*, México, Conaculta, 3er. vol., 1991.

Después de la derrota sufrida en Puebla, escribe (26 de mayo de 1862): “Hay que cambiar de tono desde mi última carta: ‘Llegaremos a México sin disparar un tiro’, les decía. Hemos disparado muchos tiros, hasta cañonazos y no llegamos a México. El 22 de junio:

No tenemos partidarios; la opinión en masa es favorable al gobierno liberal y los sacrificios necesarios para tumbarlo son demasiados comparados con la utilidad de la meta por lograr. ¡No se puede hacer feliz a un pueblo contra su voluntad! Es una política de intervención interna, mala política, más aún cuando se ejerce a 2000 leguas.

El 25 de mayo, el coronel Letellier Valazé, jefe de Estado Mayor del cuerpo expedicionario, escribía desde Orizaba al general Blondel en París: “No le diré lo que habría que hacer en México: lo ignoro... en este momento el azar es nuestra única guía”.

Un joven oficial, cuya firma es ilegible, escribe el 26 de mayo de 1862 a su madre que no ha muerto, pero que poco faltó, concluye: “El Emperador ha sido indignamente engañado por su ministerio. (...) Jamás debimos haber puesto un pie aquí. Nuestros nacionales están muy molestos de vernos en México”.<sup>8</sup> El 2 de agosto, Paul Guinard dice que siente lástima por el príncipe que será llamado a gobernar México, a pesar de que es un hermoso país. “Hemos sido víctimas de locas ilusiones”. En el sitio de Puebla, escribe (19 de abril de 1863): “Esa resistencia hace subir, y mucho, a los mexicanos en mi estima. Sea lo que sea el gobierno de Juárez, su causa es hoy la de la nacionalidad mexicana”.

El capitán Adolphe Fabre (futuro general), por su parte, quiere creer que Francia va por la conquista o el protectorado. Si no “¿por qué tantos gastos para irnos después de haber sólo derrocado a Juárez?” (26 de diciembre de 1862). Le indigna la idea de “sostener al partido clerical. Ese embrollo tan difícil de aclarar y componer (...) repateo cada vez que me pongo a reflexionar” (2 de octubre). Espera todavía una “breve y gloriosa campaña”, se imagina en Puebla para año nuevo y en México para Candelaria (4 de noviembre). El 4 de diciembre Aronssohn dictamina: “este asunto es un fracaso inmenso”. El 5: “Una tontería enorme, todo el ejército piensa así”. El capitán Frederic Japy, futuro general, emplea las mismas palabras (9 de noviembre 1862 y 3 de mayo 1863). Ledémé se pregunta “¿cómo un hombre como el Emperador pudo caer en semejante trampa?” (30 de octubre de 1862). Loizillon habla de “desperdicio” y de “callejón sin salida” (6 y 9 de diciembre de 1862).

El capitán Fabre, quien no sirve con Aronssohn (uno está en el Estado Mayor, el otro en un batallón), utiliza la misma palabra: “un fracaso inmenso” (un four immense) “Se rumora la paz. ¡Ojalá y fuese cierto! Sería la mejor solución para

<sup>8</sup> SHAT, MR 2253, carton 23-dossier 2, Fonds Vanson.

un asunto que todo el ejército considera como “une grosse bêtise” (4 y 5 de diciembre de 1862).<sup>9</sup>

## 1863

El 26 de marzo, el coronel Victor Margueritte (†1870), quien no tardará en ser el general francés más joven, escribía al general Fénélon:

México, mi general, no le es simpático a nadie en el ejército. Es una evidencia y cuando terminemos nuestra tarea, es con felicidad que sacudiremos en la playa de Veracruz el polvo de nuestra ropa. [Margueritte, 1930:151]

El jefe de escuadrón Napoleón Boyer (1820-1888), frente a Puebla, escribe el 18 de abril al general de la Motterouge:

Salimos de Francia con la creencia de que íbamos a enfrentar poca gente y algunos miserables indios fascinados por el terror del nombre francés. Resulta que nos equivocamos en forma singular: tenemos enfrente gente decidida, que no quiere nada de nosotros y que luchará hasta el último extremo.

El general de Bertier, comandante de la Brigada de la División, comenta el mismo día:

Políticamente hablando, pienso que el gobierno se equivocó al querer reconstruir un nuevo poder en este país, sobre las masas ligadas a Juárez, quien crece más y más a los ojos de la gente, por la guerra que le hicimos (...) Aspiro a regresar a Francia cuanto antes, bien decidido a no volver a correr en guerras lejanas de tan poco provecho como lo será ésta para nuestro país.

En marzo, el comandante Adrien de Tucé exclama: “¡No entiendo qué venimos a hacer en este país!” Esos oficiales están dispuestos a cumplir con su deber pero se niegan a ser puros instrumentos. En una correspondencia cruzada con su colega en México, el capitán Savin de Larclause afirma tajantemente: “Quisiera el fin de esas guerras lejanas y costosas, tan injustas como tontas cuando no se le ve objetivo. Te hablo por, o mejor dicho, en contra de la guerra en México”<sup>10</sup>

El 4 de abril, el jefe de batallón Frédéric Japy, desmoralizado por la inacción frente a Puebla, reflexiona que “el general en jefe ha sido engañado”; el 7 habla de “esa triste guerra. El Emperador ha sido engañado por todos los que le prometieron un fácil triunfo; el partido de Juárez se fortaleció y se volverá enteramente nacional si la guerra se prolonga”. El 3 de mayo sigue: “¿Empiezan ustedes, en Europa a

<sup>9</sup> Una estupidez mayúscula

<sup>10</sup> Adrien de Tucé, “Cinq ans au Mexique 1862-1867” en *Cahiers de la Quinzaine*, 12<sup>ème</sup> série, 10<sup>e</sup> cahier, París, junio 1911, 2<sup>a</sup> edición, Giard et Briere, 1915.

darse cuenta de que el gobierno ha sido engañado y más que engañado? Nuestro honor está comprometido. Ya que empezamos una tontería, tenemos que seguir (...) ¿tendremos más tarde una guerra con los Estados Unidos?” La toma de Puebla no lo anima:

¿Qué hacer? Todo el mundo dice que el gobierno de Juárez era mejor. Los franceses nos dicen que él los ha salvado dos veces en la capital. Sueño con unas elecciones organizadas por el ejército francés que ganaría Juárez. Eso le daría a Juárez el apoyo firme para formar un verdadero ejército y podría pagar en 10 años nuestros gastos. El único que ha dicho algunas verdades es M. Jules Favre. [México, 8 de junio]

El teniente Henri Loizillon, en la misma fecha, se define “contra la guerra, pero como no soy el encargado de dirigir la política de mi país. (...) Sin embargo, no siento el menor desánimo. Tenemos siempre presente el honor de Francia que es nuestra religión”.

Desde México, el 24 de junio, el capitán A. Fabre reflexiona con amargura:

A mediodía asistí desde el balcón de Palacio a la proclamación del nuevo ayuntamiento (...) Este espectáculo me recordó un episodio doloroso para nosotros. El general Forey, a cuyo lado me encontraba en el balcón, se me figuraba el Emperador de Rusia en 1815 y el Palacio de México era el palacio de Talleyrand, esquina de la calle de Rivoli con San Florentino; veía a Alejandro contemplando, desde su ventana, al pueblo de París quien asistía sobre la plaza de la Concordia al restablecimiento del gobierno de Luis XVIII.

La política tiene trampas y maquinaciones que no hubiera creído posibles antes de ser testigo de ellas. ¿Está bien?, ¿está mal para mí haber asistido a esas manipulaciones diplomáticas? Aprendí mucho, es cierto, pero ¿cómo conservar la menor ilusión sobre lo que ocurre en las esferas de gobierno?

Con lo que sé, con lo que he visto, no podré jamás volver a creer declaración alguna hecha por algún gobierno. Cuando, en 1862, el Sr. Billault, en el Cuerpo Legislativo, protestaba de mil maneras que jamás habían soñado con el archiduque Maximiliano, que la afirmación contraria era una mentira inventada por los enemigos del gobierno, una correspondencia en clave se intercambiaba de manera muy activa entre el emperador Napoleón y el archiduque, lo puedo certificar.

Sin conocer la opinión de los mexicanos, se tuvo siempre en París la idea de fundar acá una monarquía, y se le hizo mentir al general Forey, quien siempre repitió en sus proclamas que no veníamos a imponer un gobierno (...) personalmente, creo que es la mejor solución para el país, pero ¿por qué haber constantemente pretendido que no era tal nuestra intención? En política ¿será pues indispensable mentir y disimular? La comedia va a seguir: mañana el general en jefe instituirá oficialmente el poder ejecutivo y le entregará todos los poderes. Por lo menos es lo que dirá en voz alta, para que lo repitan los periódicos y lo crea el pueblo; de hecho, el poder quedará entre las manos del general, quien no dejará hacer al gobierno provisional sino lo que le convenga. Buen pueblo, ¡así se te gobierna!, ¡así se te engaña!

El teniente Augustin Frelaut (1827-1894), futuro general, esperanzado después de la caída de Puebla (“Ya se acabó la guerra y no disimulamos nuestra alegría”, 3 de junio), no tarda en lamentarse:

No vemos nada claro en todo lo que ocurre. Venden en la calle la biografía del archiduque Maximiliano. No pudimos descubrir quién paga a esos hacendados de imperio, pero nos consterna la idea de que nada de lo dicho se hará en este país. [Puebla, 3 de julio]

El capitán Fabre se asombra también de la aparición de retratos de los archiduques y dice: “Lamento mucho esa solución (...) El mismo día en que nuestras tropas dejarán este país (...) el edificio construido por nuestras manos no tardará en derrumbarse” (23 de junio). El 7 de julio repite: “No se hará nada firme, el edificio se arruinará pronto, apuesto que el porvenir me dará la razón”. El 12: “La monarquía ha sido proclamada. Bajemos el telón, la farsa terminó”.

Japy añade, el 29 de julio:

Si es sabio, el Emperador nos mandará a llamar cuanto antes. Llegamos a México no sé por qué ni cómo. No tenemos nada que esperar aquí. No haremos nada sino aumentar las deudas de este país y eternizar la guerra civil. Además, resulta que venimos a restablecer en México lo que acabamos de quemar en Italia<sup>11</sup>, haciendo todo lo contrario de lo que es nuestra política. Francia que, hasta ahora ha propagado en el mundo las ideas liberales, llega a México, sin rima ni razón, para hacer exactamente lo contrario. Debemos largarnos cuanto antes y de la manera más honrosa posible. Para esto, hay que ser francos y confesar nuestros errores. Acá todo el mundo está asqueado y sueña con el regreso.

El mismo día Boyer critica largamente al mariscal Forey y concluye: “Hay que acabar con esto y cuanto antes, mejor”. El 2 de agosto él mismo escribe:

Aspiramos al regreso y no conozco un solo oficial de todo el ejército que desee quedarse en México. Nos quedaremos, si así es la voluntad del Emperador, pero eso nos romperá el corazón a todos (...) Maximiliano (..) la corona mexicana le hará tener más de una pesadilla.

3 de septiembre de 1863:

Nuestro gobierno nunca vio claro en la cuestión mexicana, y esa desgraciada expedición, que causó ya tantas decepciones, que costó tanta sangre, tanto dinero, no llevará a ningún resultado y ningún provecho nos dejará.

<sup>11</sup> Maximiliano gobernaba Lombardía-Venecia cuando Francia entró en guerra contra Austria en 1859; sus victorias (Magenta y Solferino) expulsaron a Austria de Italia y permitieron la unidad italiana.

16 de septiembre de 1863: el mismo capitán Adolphe Fabre, al cual le faltan apenas 18 días para salir de México, y 35 para embarcar hacia Francia en compañía del mariscal Forey, escribe:

Maximiliano aceptó. Lo siento por el infeliz archiduque, quien no sospecha que se va a meter en un avispero de primera, pero me alegro mucho de tal circunstancia, que nos permitirá salirnos honorablemente y cuanto antes de este mal paso.

Antes de que termine el año, desde Silao, Japy dice: “Todos nos cansamos de México, de la misma manera México se cansó de nosotros” (13 de diciembre).

## 1864

El ya capitán Loizillon, afirma el 27 de enero:

Daría mucho por encontrarme en Francia. ¡Cuando pienso en ese embustero de Saligny<sup>12</sup> quien engañó al Emperador y nos ha engañado en esa espantosa máquina de la cual no podemos salir! Espero a Maximiliano con impaciencia.

¡Pobre Maximiliano!, concluye Frelaut el 23 de marzo.

El 30 Ledémé desea “regresar (...) sí, nos hartamos de la campaña (...) estamos de acuerdo en hacer la guerra, pero no en ser gendarme de Almonte, ni aún de un archiduque”. El 10 de abril Loizillon va por la misma senda política:

Nuestro mayor arrecife, sobre el cual venimos siempre a encallar, es haber llegado a la remolca de un partido. Proclamamos un programa liberal y, para ponerlo en práctica, empleamos unos instrumentos reaccionarios que no quieren para nada nuestro programa (...) Más caminamos, más nos hundimos en un sendero equivocado (...) ¿Por qué será que personas ilustradas, honorables, entregadas a la causa de su país, como lo son todos los oficiales franceses del cuerpo expedicionario, no han tenido la suerte de ser creídos en sus apreciaciones? (...) ¡Si supiera Ud. el asco y el aburrimiento que nos acaban!, tendría Ud. conmiseración, tanto más cuanto sabemos como esa guerra es desastrosa para Francia y su gobierno. Lo que le escribo es nuestra conversación de cada día.

El 26 de mayo, en México, el teniente coronel Bressonnet no es menos crítico:

El partido liberal, por lo menos, representaba el progreso, el movimiento, quería una reforma social sin la cual México iba a podrirse. Además, en realidad, representaba las ideas del gran número. Después de nuestra entrada en México, sostuvimos, por desgracia, al partido clerical...

<sup>12</sup> Dubois de Saligny, embajador de Francia en México, uno de los artífices de la intervención, “el genio malo” de Morny, el medio hermano de Napoleón III.

Para esa fecha todos hablan de Maximiliano: “¡Qué lástima nos inspira ese pobre emperador, *Voilà une dupe ¡archidupe!*” (Aronsohn, 29 de mayo). “¡Por fin llega Maximiliano! A pesar de su largo retraso, aún puede jugar un buen partido, si sabe jugarlo. Espero, pues, abrazarlos para el próximo primero de enero” (Loizillon, 1º de junio).

Todo el mundo, franceses y mexicanos, esperamos a Maximiliano como al Mesías. ¡Famosa astilla la que nos sacará del pie! Pero, ¿quitar a su país un príncipe para lanzarlo allende del mar e imponerle una tarea tan difícil? ¿No va a pasar un segundo drama Murat?<sup>13</sup> No pretendo hacer una predicción. [subintendente M. Grodevolle, 4 de junio en Querétaro]

El mismo día el capitán Frédéric Hocedé (†1870) escribe que “jamás hombre ha sido tan deseado como Maximiliano”. El general Brincourt, el 26 de junio dice que Maximiliano y Carlota han sido recibidos como el Mesías en Puebla, y que, en cuanto a él, “mi más hermoso porvenir sería largarme”.

Ehrmann, médico general, dirige al general Picard en París la siguiente carta:  
México, 25 de octubre de 1864

El pasado de este singular país está más o menos conocido en Francia; el presente es una época de transición; el porvenir se encuentra cubierto con un espeso manto. Donde están los franceses son dueños del país y eso llega muy lejos, pero donde no se encuentran, no es posible contar con nada (...) en un pueblo inerte y disimulado, en el cual los sentimientos que conciernen a la patria tienen raíces poco profundas, que perdió confianza en cualquier tipo de gobierno, que tiene un horror muy marcado hacia el extranjero, ese pueblo deja hacer y dice que sí con la cabeza pero no se rinde a las ideas que nos dominan (...) El emperador Maximiliano es una personalidad muy simpática y la Emperatriz una persona muy graciosa. Merecen tener éxito en la difícil tarea que han emprendido y reinar, algún día, tranquila y gloriosamente sobre las tierras de Moctezuma. Por favor, tenga la bondad de no considerarme totalmente como un pesimista sin remedio.

7 de noviembre de 1864: El teniente coronel Bressonnet apunta que México es un país tan pobre como Argelia, pero que tiene la suerte de contar con patriotas como los liberales de Juárez.

En tiempo de guerra, el que no se rinde es mi hombre, sea quien sea, sea cual sea su partido. Ortega, Zaragoza, enemigos valerosos, dignos de admiración, merecían los honores que el general Forey les concedió (...) Se necesita a alguien para ayudar a México a atravesar esa última crisis de la cual depende su porvenir. Ahí está Juárez. Juárez, un indio, llevado por la educación y la inteligencia al nivel de la civilización moderna, protesta viva de la vieja raza esclavizada que sale de repente de un sueño de tres siglos para proclamar, con el principio de la fusión de las razas, sus derechos

<sup>13</sup> Alusión al fusilamiento de Murat cuando aquél intentó reconquistar su reino de Nápoles en 1815.

a la libertad y a la autonomía. Es imposible, para todo espíritu independiente que ha visto de cerca a México y a sus políticos, no reconocer que aquél es, hasta ahora por lo menos, el hombre de la situación (...) Juárez puede mucho por la felicidad de su pueblo. Tendrá éxito, si logra hacerse entender y respetar afuera y si, adentro, logra conservar la confianza pública, si sigue honesto y toma a Washington como modelo, si es de BUENA FE. No se trata únicamente de la destrucción de los conventos, sino de la ignorancia, del vicio, de la miseria; lo que importa es abrir las fronteras del país al saber, al libro, a la industria (...) Es necesario, pues, que Juárez tenga el valor de mirar de frente la libertad, esa diosa celosa. [Aparentemente Bressonet se inspira en: Vigneaux, Ernest, *Souvenirs d'un prisonnier de guerre au Mexique*, Paris, 1863, p. 558]

## 1865

El capitán Charles Blanchot, edecán de Bazaine, quien será subsecretario de Guerra de Maximiliano, subraya la esterilidad de la victoria, la vanidad de la conquista, la inutilidad de los triunfos militares. El 14 de abril, en León, Frelaut espera “la señal de la partida (...) como soldado no tengo otro papel que el deber profesional, pero ¡qué asco!”. El 27 de mayo, Charles Döe de Maindreville, flamante capitán, edecán del coronel de Maussion, escribe a su familia: “Las cuestiones de México son muy complicadas y prefiero no decir nada, para no escribirles sandeces”. Para no pensar en ello toma fotos de los artesanos. En este mes de mayo el intendente general Alexis Wolf se va y profetiza: “veo a Francia reducida a felicitarse si logra escapar a una guerra con los Estados Unidos, gracias al abandono de su protegido”.<sup>14</sup>

Desde El Salto, el 28 de junio, M. Grodvolle entiende que:

Maximiliano no podrá mantenerse sin la fuerza de las bayonetas extranjeras. No podemos, pues, retirarnos si no es llevándolo con nosotros. Como sería una vergüenza, Francia no lo hará y nos vemos bloqueados en México para rato (...) ¡En cuál galera nos hemos metido!

Desde Chihuahua, el general Brincourt escribe a su sobrino el subteniente Selve de Sarran:

La idea que nos llevó a emprender la expedición era grande y podía tener éxito (...) empezó y siguió con medios insuficientes (...) La política ha sido más débil aún que la estrategia. Tuvimos partidarios al principio, hoy hay sólo enemigos o indiferentes. El Emperador Maximiliano es un pobre señor (...) la Emperatriz es una mujer con mucha inteligencia, muy capaz de llevar los asuntos, pero ella no lleva los pantalones...en política! El Mariscal (Bazaine) cumple como cabo las órdenes de París en donde no conocen para nada la verdadera situación. El resultado es esa cacofonía.

<sup>14</sup> Intendente general Alexis Wolf, *Mes Souvenirs militaires*, Paris, Spectateur militaire, 1886, p. 451



Poco después, para su mayor vergüenza, Brincourt tiene que abandonar Chihuahua y los numerosos partidarios que se había ganado. Su ordenanza, el capitán Ernest Tordeux (†1884), escribe el 25 de octubre al capitán Emile Vanson:

Nuestra partida parece una huida de Egipto y nos siguen un centenar de familias honestas de Chihuahua (...) La política ha de tener sus misterios pero me pregunto, como todo el mundo, si era necesario ir a Chihuahua para lograr tal resultado. No puedes imaginar el efecto producido, es una catástrofe, una desgracia para esa buena gente. El general (Brincourt) está violentamente ofendido por el papel que acaba de tener en Chihuahua y quiere regresar a Francia.<sup>15</sup>

Frelaut concluye el año diciendo que “estamos tan cansados de esa guerra interminable que quisiéramos acabar de una sola vez” (16 de noviembre).

En este fin de año 1865, los oficiales se han dado cuenta que las cosas no van bien entre Maximiliano y Bazaine y se dividen entre partidarios (la mayoría) y enemigos del Mariscal. El capitán de navío Henri Rivière intenta analizar la situación:

Una manifiesta indecisión reinaba en México, tanto en el Cuartel General (Bazaine), como en el gobierno. El Emperador Maximiliano, extranjero en un país absolutamente nuevo para él, intentando aplicar reformas europeas que no habían de gustar, mal o diversamente aconsejado, más tímido y mundano que dotado de las cualidades de soberano, habría aceptado con gusto la entera y poderosa tutela del mariscal, sí, más francamente ofrecida y más seriamente entregada, no hubiese tenido singulares e inquietantes oscilaciones.<sup>16</sup>

En la medida en que se vale elaborar hipótesis, sin poder afirmar nada, existía a la vez en el imperio, especialmente en la ciudad de México, una opinión no confesada y que representaba un tercer partido político, no partidario de Juárez — faltaba mucho— pero disidente a su manera, y que no consideraba a Maximiliano como ratificado por el país y por los hechos.

Ese partido distaba mucho de ser hostil a la protección francesa, la aceptaba y deseaba desviarla insensiblemente y hábilmente hacia otro que el emperador (...) Y si se confirmase que no tuviese todas las cualidades para reinar (...) Los jefes que gobernaban a Tabasco eran, hay que decirlo por su honor, enemigos, sin compromiso, de nuestra intervención, pero, algunos, en relaciones con el partido de México, se manifestaban dispuestos a una combinación que preparase un desenlace satisfactorio a la crisis. Ellos hubieran podido, en un momento dado, llevar el sureste a una manifestación para pedir a Francia otro soberano que no fuese Maximiliano. Quién hubiera sido (...) es lo que no decían; pero acariciaban al

<sup>15</sup> El 2 de enero de 1866, desde Querétaro Tordeux escribe al amigo Vanson (futuro general): “El general ha sido mandado a Francia, en disponibilidad, por medida de disciplina”.

<sup>16</sup> Carta de Navío Henri Rivière, *op. cit.*, p. 96.

mariscal (Bazaine), quien representaba a Francia, y le dejaban adivinar un gran papel, una mediación suprema.<sup>17</sup>

Si no se puede leer en el fondo de las conciencias, se es permitido decir que el mariscal se mostraba favorable a esas secretas combinaciones o por lo menos indulgente hacia ellas; él fue quien negoció el tratado Ugalde, el ministro Peza no hizo más que firmar. El error fue no querer sinceramente, seriamente, el imperio de Maximiliano, quien aprovechaba todas nuestras hesitaciones y al cual la lógica de los acontecimientos daba demasiado sentido común para que se prestase ingenuamente a una revolución palaciega, para sacar las castañas del fuego para sus adversarios.

La honestidad patriótica, incluso en México, donde se mezcla de corrupción, tiene el don de ver a lo lejos y, por lo mismo, Juárez podía tener la certeza de que, frente a las faltas de la administración, a la incapacidad del Emperador, a la incertidumbre del Mariscal, al cansancio que nos ganaba, a la reprobación general que recibía en Francia a esta expedición mexicana, conseguiría un éxito definitivo para la independencia de su país.<sup>18</sup>

El año de 1865 terminaba.

A lo largo de ese año, nuestra fortuna en México había oscilado entre fracasos y éxitos (...) Habíamos, aparentemente, mantenido nuestra situación, pero, en realidad, se derrumbaba por todos lados y la fuerza de las cosas se la iba a llevar; la administración era inerte o corrupta. La población en general, favorable al imperio —si le hubiese proporcionado el orden—, pero temerosa y desanimada, ofrecía un apoyo pasivo y vano; los liberales, orgullosos de no haber sucumbido, se hinchaba de las complacencias que les manifestamos y de las fuerzas ganadas. América (los Estados Unidos), hostil y amenazadora, tenía sus flotas listas contra nosotros (es un marinero quien escribe) y sus bandas de aventureros y filibusteros licenciados(..)Ya había pasado la hora de un reino posible de Maximiliano (...) no quedaba sino tocar la retirada nuestra y la disolución del imperio.<sup>19</sup>

Esas reflexiones, publicadas en 1881, después del desenlace, son parte de la correspondencia de la época. Casandra, como siempre, profetizó en vano.

## 1866

Durango, a 7 de abril, el teniente Guillaume Schnell (1831-?), a su amigo Vanson: “¡Carajo! ¿Qué venimos a hacer en esta galera maldita? Mientras llegan días mejores, tenemos que remar”.

<sup>17</sup> *Ibid*, pp. 52-53.

<sup>18</sup> Capitán de navío Henri Rivière, *op. cit.* pp. 88-89.

<sup>19</sup> *Ibid*, pp. 126-127.

Aguascalientes, 22 de julio, Myrtil Grodvolle a su hermana: “Las causas malas siempre deben llevar a semejantes resultado. Parece que hay algo como un castigo del cielo” (A propósito de la matanza de franceses en Hermosillo, después de la salida de las tropas). El general Brincourt, colmado de atenciones por los emperadores, rechaza el nombramiento de comandante de la legión imperial, proyectada con 15,000 hombres y regresa a Francia: “¡Estoy loco de alegría!”

El capitán Felix Olivier (1831-1891), el 8 de mayo, en México: “Los negocios del pobre de Maximiliano siguen bien malos. Parece increíble que después de tantos sacrificios el Emperador Napoleón abandone sin resultados serios la obra comenzada”. 9 de mayo, Edmond Bonneau du Martray, teniente coronel: “Los emperadores tendrían probablemente que embarcar con nuestra retaguardia y seguramente el ejército de los Estados Unidos tomará el relevo”. Cuando el capitán Jules Bochet sabe que el ejército va a volver a Francia, escribe el 20 de mayo, en Guadalajara:

Por lo tanto, nuestra posición es insostenible frente a esos infelices mexicanos que se comprometieron por nosotros y que vamos a exponer a todas las venganzas del partido opuesto. En cuanto a Maximiliano, no durará un mes después de nuestra salida. Si tiene algo de sentido común, abdicará antes.(...) Si la alegría del regreso y el asco de una tarea ingrata no callasen por el momento todos los otros sentimientos, lo único que sentiría sería vergüenza.

Repite lo mismo el día 28 antes de concluir que extrañará a Guadalajara y a “este país en el cual las noches son más bellas que los días”.

El capitán Augustin Frelaut, en Arroyo Seco hacía tres meses se quejaba de un aburrimiento interminable, aliviado sólo por “la cordialidad de la recepción de esos campesinos mexicanos que tanto se parecen a nuestros buenos campesinos de Britania” (23 de abril). El 26 de junio, desde Buena Vista escribe: “Todo va mal desde que se sabe que el ejército francés debe retirarse; Maximiliano haría bien de salir enseguida para alcanzar a la Emperatriz en Francia”.

En México, el 9 de noviembre, él mismo se lamenta:

Tenemos el dolor de asistir a la demolición de nuestra obra de cuatro años (...) ¡En qué situación tan horrible colocamos a este infeliz país! (...) A los que ordenaron y dirigieron todo les toca la responsabilidad de lo que ocurre; nadie puede reprochar nada a los soldados, después de haber vivido sin miedo. Así que ¡Viva Francia!  
*Quand même!*

Y el teniente Charles Zédé (futuro general, 1837-1908), quien deseaba ardientemente la retirada para poder ir a pelear contra Prusia, deploraba

la inconstancia de nuestro gobierno, el cual, después de lanzarse con tanta ligereza en la aventura mexicana, abandona al país y el compromiso adquirido con quienes tanta fe nos habían tenido.

“Todo el ejército piensa que Maximiliano debe abdicar. Esa opinión no nos impide dar una paliza vigorosamente a los liberales, para los cuales tenemos el aprecio que merece un partido que defiende la libertad de su país”.

El 3 de septiembre el comandante J.B. Billot (1828-1907, futuro general y ministro de Guerra), le escribe al general du Barail (en Francia) una carta que más que circunstancial, critica una vez más el decreto del 3 de octubre de 1865, él que mandaba al paredón a los “rebeldes” capturados con las armas en la mano:

No son bandidos; como en nuestra revolución, hay bandidos y asesinos, pero hay quienes persiguen un principio, una idea. Maximiliano no será nunca Emperador de México (...) tendría que ser César y Augusto. No es un emperador, es uno de los hombres más encantadores, un gentil hombre moderno, cumplido, por lo tanto el Imperio es imposible a falta de un emperador (...) El partido republicano federal es más inteligente, diez veces más vigoroso, cien veces más audaz que el partido imperialista. Tiene, además, por aliado natural a Estados Unidos (...) La conquista (por Francia) sería menos difícil (...) El imperio tiene en su contra a todos los liberales, a todo el clero, y los conservadores se cansaron porque no les conserva nada y los deja expuestos a las gavillas. Me ofrezco a decírselo personalmente y sin rodeos al Emperador (Napoleón).

Vanson (México, 28 de mayo), escribe a un amigo en Nancy: “El fin de la expedición va a ser bien triste, pero qué remedio, es un asunto fallido. ¿Cómo salvaguardar los intereses, y también el pellejo de nuestros compatriotas que hacen sus negocitos acá?” Bochet, desde México, decía: “La gente juzga la situación con severidad —que yo comparto— y se acusa abiertamente al mariscal Bazaine —con razón— de ser la causa de todo, por su mala voluntad y sus malos procedimientos con el Emperador Maximiliano” (27 de julio).

El 3 de septiembre, desde Argel, un compañero pregunta a Vanson:

¡Qué diablos pasa con ustedes allá? ¡Contra quién guerrearán ustedes y para qué? ¡Qué desgracia! Parece que su obra termina, quiero decir es el acabose. Muchos síntomas anuncian una catástrofe. Debo decirle, por cierto, que en Francia poca gente piensa en ustedes. [firma ilegible]

Ledémé, en Aguascalientes, escribe el 28 de septiembre a su padre:

Todo es confusión. Los que combatimos vuelven a levantar la cabeza y se vanaglorian de expulsarnos. Los que protegimos quedan estupefactos. Tenemos el sentimiento de haber trabajado para una expedición desaprobada por Francia; se hizo todo para que fracasara; la política esterilizó unos esfuerzos sobrehumanos.

El tiempo, el país, su clima, su pueblo, su Emperador, nuestras tonterías acabaron con nuestra paciencia y no tenemos más que un deseo, el insaciable deseo de salir de esa inmensa engañifa (...) Algún día se conocerá la verdad, y eso será el

castigo para muchos; pero para los que lo sacrificamos todo en esa desmoralizadora campaña, quedará en nuestros corazones el inmenso y único consuelo de los verdaderos soldados: haber cumplido con nuestro deber. (subrayado por Ledémé)

Tordeux escribe a Vanson: “No sé para nada a donde nos lleva eso. Resbalo, me hundo, no tengo la fuerza para ver claro”. X (firma ilegible), desde Querétaro, le escribe a Vanson el 21 de octubre:

No entiendo nada de nada y Ud. sería muy amable en decirme qué significa esto [le han encargado formar un batallón de Cazadores para Maximiliano y de repente Bazaine suspende el financiamiento prometido]. Si es que Usted puede entender algo de lo que hacemos. Veamos, ¿queremos o no organizar los batallones de Cazadores? Si no queremos, y eso empiezo a creer, que nos lo digan de una vez.

Vanson, quien recibe en México, muchas cartas de todos sus compañeros, escribe el 9 de noviembre:

En cuanto a nosotros, parece que pensamos con tomar esa bonita actitud de atenta neutralidad que nos funcionó tan bien en Europa;<sup>20</sup> en realidad, nadie adivina lo que queremos, ni los meros meros jefes, por que creo que no encontrarán ayuda ni con los americanos, ni con los liberales mexicanos. La situación es tan mala que no se puede negociar con éxito. No queda más que largarse, lo que nadie nos puede impedir; pero esa solución egoísta ha provocado el grito contra los franceses de México, y todos los que dicen ser nuestros amigos. Ciertamente, no es muy grata la situación y todos, en el ejército, tenemos prisa de concluir para olvidar esa desgraciada historia; ya que, con excepción de los éxitos militares, toda la expedición de México no habrá sido sino una larga escuela.

No debimos escoger a Maximiliano o, una vez escogido, debimos sostenerlo hasta el final, sin escatimar hombres ni dinero; la tragedia fue que México está demasiado lejos y que en Francia nunca entendieron la cuestión ni el desarrollo de la situación (...) que nunca tuvo el apoyo de la opinión pública.

“En el ejército estamos asqueados por este feo embrollo que termina tan mal y no pensamos sino en el regreso y en la guerra con Prusia, en la cual no creo o muy poco (...) ¡Triste comedia!” El 9 de diciembre añade: “lo que más me duele es ver que

<sup>20</sup> En el verano de 1866, Francia dejó libre el camino a Prusia contra Austria y los reinos alemanes, con la esperanza (vana) de recibir una “compensación” territorial en la ribera izquierda del Rin; la oficialidad soñaba con una guerra inmediata contra Prusia.

El 7 de septiembre, en Buena Vista, Frelaut, describe su asco ante la ausencia de la guerra con Prusia: “Hubiera sido mejor acabar de una vez en lugar de tener que pelear de nuevo dentro de unos años, lo que ocurrirá fatalmente frente a Prusia engrandecida”.

9 de noviembre de 1866, México, Vanson escribe: “El éxito de Prusia es un fracaso para nosotros y, si no tomamos ahora la frontera del Rin, tendremos que olvidarla. Me parece que nos volvemos unos pequeños burgueses y que, de verdad, el imperio es demasiado la paz (ironiza sobre un slogan: “el Imperio es la paz”, N.del A.). Ojalá y me equivoque, puesto que ahora sí, la cuestión es grave”.

dejamos atrás a nuestros camaradas que entraron [empujados por el alto mando, nota de JM] en los batallones de Cazadores. Es incomprensible”. Escribía esas líneas nueve días antes de la batalla de la Coronilla (Jalisco), victoria liberal que costó la vida a 6 oficiales franceses de los Cazadores y a 100 soldados.

Por su parte, el capitán Frelaut opinaba que Maximiliano embarcaría con ellos. “Será una triste página de nuestra historia esta campaña de México, puesto que nos retiramos hipócritamente, después de comprometerlo todo, sin terminar ni organizar nada” (27 de noviembre, en México).

Desde Orizaba, el 10 de febrero de 1867, él mismo dice: “Uno de los resultados de esa expedición será haber comprometido un montón de buenas personas cuya culpa ha sido la de creer en nosotros (...) En cuanto a Maximiliano, tememos mucho más que la pérdida de una corona...” En la Soledad, el 24 de febrero: “La campaña de México no ha sido más que una horrible explotación por parte de los banqueros y una prueba dolorosa para el ejército”. Su última carta empieza así: “¡25 de febrero de 1867! ¡Día de la felicidad! Si nos fuesen contrarios los vientos, soplaríamos en las velas”. El 3 de abril desembarcó en Argel la Blanca. Como escribía Frelaut, el 9 de enero de 1867: “...y, finalmente, era demasiado lejos. Nosotros, franceses, no podemos perder de vista el recuerdo del campanario. En África no probamos tal sentimiento”.

El capitán Jules Bochet (1831-1870), quien había resumido el año 1866 en dos palabras: “incapacidad o canallada” (Perote, 24 de noviembre de 1866), escribió el 25 de febrero: “Nos vamos, porque así lo queremos y sería muy fácil hacer, una segunda vez, la conquista del país, sin mejores resultados, y además, con los Estados Unidos encima”.<sup>21</sup>

El capitán Olivier exclamó, el 5 de julio de 1867 (Burdeos):

Me encuentro todavía bajo el golpe de la fatal noticia de México. He sufrido la misma pena que si el Emperador Maximiliano hubiese sido uno de mis parientes. Ese noble príncipe, ese gran corazón lleno de generosidad y de entrega.

### ***Conclusión***

El 12 de junio de 1863, el general du Barail, al contemplar desde Buena Vista el valle de México, soñaba:

Parece que, a veces, el alma se aleja del presente para hundirse en los abismos del pasado o en los misterios del porvenir. Posiblemente, la mía se encarnaba, en esa

<sup>21</sup> El 7 de agosto de 1870, unos días antes de su muerte en la batalla de Saint Privat, escribía a su familia: “Si, a consecuencia de la incapacidad de nuestros jefes, debemos sufrir la derrota, prefiero hacerme matar a la cabeza de mis soldados, que regresar avergonzado a París”. Así lo hizo.

mañana de verano, en uno de los compañeros de Hernán Cortés; volvía a vivir las sensaciones de ese hombre, desembarcado como yo, sentado sobre su caballo andaluz, como yo sobre mi árabe nervioso. Vio el mismo sol, las mismas lagunas, la misma vegetación, la misma conquista. Tuvo los mismos sentimientos de orgullo y de alegría (...) Ahí mismo había, quizá, escrito a su mujer para contarle sus aventuras, como yo, mientras el Conquistador redactaba sus informes para Carlos Quinto. Luego, como lo iba a hacer yo, había ido a cuidar el bienestar de sus hombres, pobres diablos que, como los míos, no se imaginaban hacer historia con su cansancio y su sangre.<sup>22</sup>

Du Barail no había tardado en perder sus ilusiones. Hay que decir que el futuro secretario de Guerra era un hombre clarividente, adelantado sobre sus contemporáneos. Así, por ejemplo, no tenía ninguna ilusión en cuanto al futuro de la presencia francesa en Argelia; consideraba inevitable la futura independencia de Argelia y errónea la política colonial francesa.

A la distancia concluye que “esa expedición nos fue fatal (...) porque la catástrofe final, muy pérfidamente explotada, disminuyó la confianza que inspiraba a Francia el gobierno imperial, le quitó su fuerza al afectar su prestigio interno”.<sup>23</sup>

Efectivamente, el Imperio, gobierno populista, vivía de prestigio y en México ese prestigio recibió un golpe fatal; como decía Napoleón III, “en Francia no hay un partido bonapartista; yo soy socialista, mi esposa es monarquista, sólo Persigny es bonapartista, pero Persigny está loco”.

Los avisos lúcidos contra “la gran idea del reino” no habían escaseado, tanto en las filas de la oposición, como en las del gobierno y del ejército. De 1862 a 1867, el periódico liberal *Le Temps* no se cansó nunca, bajo la pluma de André Cochut y de su director Nefftzer. El 28 de febrero de 1862, Cochut publicaba: “Es una idea que raya lo ridículo (...) El partido de Juárez, hasta vencido, seguirá teniendo la mayoría numérica y presentará una oposición tan fuerte como para volver insostenible la existencia de una rey mandado por Europa”.

El 25 de enero de 1864 afirmó: “Somos los intérpretes de la opinión pública al pedir se le ponga un término inmediato a la expedición”. Cuando el famoso Lamartine se entusiasmó por este “pensamiento grandioso”, *Le Temps*, ironizó: “el sentido común pierde la respiración a tales alturas” (20 de febrero de 1866); concluye después de la muerte de Maximiliano:

Quisimos hacer sentir nuestra acción en América, poner un dique al desarrollo de la raza anglosajona, esa empresa, grande por cierto, demasiado grande y perfectamente quimérica, acabó con un resultado diametralmente opuesto. Arruinó nuestra influencia en América, nos excluyó de América [6 de octubre de 1867].

<sup>22</sup> Général du Barail, *Mes souvenirs*, Paris, Plon, Vol. I, 1913, p. 454

<sup>23</sup> Général du Barail, op. cit., p. 293

El general Chanzy, futuro héroe de la guerra de 1870-1871, no participó en la expedición, quizá por eso fue uno de los únicos militares en tomar la defensa del Emperador:

Sidi Bel Abbés, Argelia, 16 de julio de 1867

Fue una empresa gigantesca, es cierto, pero a la medida de Francia, y que debió haber tenido resultados de los más serios para el ejército. Entiendo que uno no lo haya visto desde el principio, pero ahora que podemos apreciar la idea que había llevado al Emperador a esa empresa, ¿por qué reprochárselo como un crimen?, cuando deberíamos expresar con toda lealtad nuestro pesar de haberlo obligado a abandonarle.

El ministerio de Guerra, inicialmente, no había pensado en nada, cuando mucho en una expedición comparable a la de 1838, que, por cierto, no había dejado buenos recuerdos en la Marina: algo de gloria, pero a un costo muy elevado, con pérdidas humanas considerables (fiebre amarilla); todo esto sin resultados. Como todos los miembros del gabinete, el mariscal Randon, ministro de Guerra, estaba en contra de la aventura: después de la derrota del 5 de mayo de 1862 hubiera querido, como todo el ejército, pegar duro (tomar Puebla) para borrar la “humillación a la bandera”, y retirarse. El 19 de septiembre de 1863 escribió al Emperador su preocupación: “uno tiene derecho a preguntarse hasta dónde estaremos arrastrados a mandar nuevas tropas” (Randon, II:81). Casi todos los ministros pensaban de la misma manera. El 5 de octubre de 1865, Randon suplica: “hay que salir, salir, dejar el asunto a los austrobelgas. Nos hemos ya sustituido demasiado a la acción gubernamental del Santo Pontífice;<sup>24</sup> no deberíamos comprometernos de la misma manera en los Estados del emperador Maximiliano”. El triunfo del Norte en la guerra civil norteamericana le permitió ordenar una retirada, acelerada por el triunfo prusiano, en el campo de batalla de Sadowa, el 3 de julio de 1866.

Tanto Randon, como el Emperador conocieron muy pronto las reacciones y la idea de los oficiales y de los soldados del cuerpo expedicionario. Entre todos los oficiales que han escrito algo, uno solo creyó, brevemente por cierto, en la posibilidad de realizar “el gran sueño”: el capitán Adolphe Fabre se dejó convencer a fines de 1862 por Dubois de Saligny quien le dijo que se trataba nada menos que de “fundar una monarquía bajo nuestro protectorado, construir un canal transistmico en Tehuantepec, un ferrocarril Veracruz-México-Acapulco, para unir dos veces los dos océanos”. Con las minas de Sonora “seríamos los amos del mercado mundial”. Pero, en la misma carta (31 de mayo de 1863), después de la toma de Puebla, concluye que fundar una monarquía es una utopía y que “si no venimos a quedarnos

<sup>24</sup> En 1859-1860, Napoleón III había permitido la unidad italiana: sólo faltaba al rey de la flamante Italia tomar Venecia y Roma. Venecia fue conseguida en 1866, pero Roma quedó en poder del papa, protegido por las tropas francesas desde 1849. Napoleón quería retirar sus tropas, pero en tres ocasiones (1860, 1862 y 1867), Garibaldi, al intentar la toma de Roma, se lo impidió.



con este país para nosotros, ¿a qué venimos en esta galera? (...) ¿Qué hacer? ¡Vámonos!” Tardaron casi 4 años poder irse.

El ejército regresó dividido y crítico: tanto la oficialidad como la tropa rumeaban su amargura y su sentimiento de culpabilidad. A su descarga los oficiales pueden decir, con toda verdad, que el ejército, del último de los soldados, hasta el mariscal Randon, secretario de Guerra, no quiso esa guerra, ni intentó nunca prolongarla. Los oficiales y los soldados siempre discutieron, criticaron y sus opiniones llegaron hasta el Emperador. Obedecieron y marcharon, eso sí, pero presintiendo en Puebla=Zaragoza y en México=España, el principio del fin del Imperio. Regresaron contentos de terminar, pero humillados por lo que resintieron como una triple traición: frente a su Francia, la de la Revolución, la de las libertades, la del liberalismo, la que vence a Austria para realizar la unidad italiana (instalar en un trono ¡al hermano del Emperador expulsado de Milano por ellos mismos, los veteranos de Magenta y Solferino!).

Frente a Maximiliano, “archi-duque, archi-dupe”. Frente a los mexicanos, tanto los liberales, aliados naturales de la Francia liberal, como los demás, comprometidos por ellos con el Imperio de Maximiliano.

Por eso, en escritos ulteriores que rebasan esa lectura, muchos de ellos interpretan la derrota de 1870-1871 como un Castigo.

El tema aparece por primera vez bajo la pluma del amable Myrtil Grodvolle, el 27 de julio de 1866 (Aguascalientes): “Las causas malas han de conllevar siempre semejantes resultados [la matanza de varios franceses, en Hermosillo y en Tepic, después de la entrada de los liberales. N. del A.]; parece que hay en eso un castigo celestial”.

Ciertamente la expedición contribuyó a la derrota, en la medida en que el éxito militar, técnico, del ejército en México, contribuyó a su falta de preparación frente al ejército prusiano. Frente a los trenes, a las numerosas divisiones y cuerpos de ejército, frente a la artillería prusiana, frente a un ejército dirigido por oficiales salidos de modernas escuelas de guerra, capaces de organizar grandes movimientos hasta la escala de cuerpo de ejército, el heroísmo de los zuavos, úzares, cazadores y otros, fue vano y suicida. Los oficiales franceses se revelaron como excelentes hasta la brigada, pero incapaces para mandar una división, ni hablar del cuerpo de ejército...

En sus prolongaciones internacionales, la expedición contribuyó a la derrota de otra manera. El zar Alejandro II, dijo al general Fleury:

Ustedes los franceses no entenderán nunca hasta qué punto esa locura mexicana influyó en los acontecimientos de 1870. Se lo puedo decir a ciencia cierta: sin el recuerdo reciente de Querétaro, Austria se habría movilizado. Franz Joseph deseaba tomar la revancha (de Sadowa), pero, para eso debía poner su mano en la mano aún roja de la sangre de su hermano. Y eso no lo quiso.<sup>25</sup>

<sup>25</sup> Lolié, Francois, *La vie d'une impératrice*, Eugénie de Montijo, París, s.a., 1918, pp. 204-

El general Thoumas escribió:

Si fuese necesario sacar una conclusión moral (...) es una locura la de un gobierno que interviene en los asuntos internos de una nación extranjera, y que un pueblo resuelto a defenderse por todos los medios, acaba siempre por triunfar del invasor. (:444)

## **Anexo**

El 29 de abril de 1865 el coronel de Potier escribía al Mariscal:

En Morelia no cabe duda que hubo intención de insurrección entre una parte de la población, si acaso Régules se hubiera presentado a las galeras de la ciudad; denuncias y confidencias sobraron. Di las ordenes más estrictas de arrestar gente pero todo el mundo es tan cobarde y egoísta que no me sorprendería la noticia de que no se arrestó a nadie. El prefecto es un hombre que juzgo honrado en cuestión de dinero, pero tiene una hacienda en Pedernales y es miedoso; o sea que no se debe contar mucho con él ya que para hacer méritos con los liberales, por su hacienda, debe atribuirse el mérito de no haber entregado ninguno de ellos a la justicia francesa. El Sr. Hernández, comisario imperial, es un desertor del partido liberal que necesita el perdón de sus antiguos amigos. Hará siempre lo necesario para no ayudarnos. Ya una vez negó al capitán B (ilegible) su ayuda, bajo el pretexto de que estaba en Morelia tratando un asunto oficial. De tratarse de un escándalo clerical, el Sr. Hernández lanzaría llamas y encontraría 10 culpables en lugar de uno. Ese cobarde no sale nunca de noche y cuando se atreve a salir de día tiene en su bolsa una pistola de 6 tiros. Ve por todos lados sicarios contratados por el clero. El juez criminal, por una confusión de atribuciones que se debe al Sr. General Neigre, falla sobre un asunto de corte marcial que concierne únicamente a la autoridad militar. Voy a rectificar un error tan perjudicial.

No quiero que el asunto de Morelia quede sin castigo y es mi deber garantizar la vida de mis soldados contra los asesinos; así que mañana mismo salgo para estimular en Morelia el celo de todos y organizar militarmente el departamento según lo escribí.

No se puede nunca recibir informaciones en tiempo oportuno sobre el enemigo. Lo más común es que las autoridades informan de su paso tres o cuatro días después. Hacendados y rancheros se quedan callados y no nos quieren prestar, ni contra dinero, espías o correo. Cuando lo hacen, por el miedo que me tienen, uno puede estar seguro que los espías no van a los lugares indicados, se quedan cerca de las haciendas y traen al otro día noticias falsas; en cuanto a los correos, pierden las cartas. Los curas son los únicos que nos dan las noticias que conocen, pero hay que ir a sacárselas.

El pueblo de Pichátaro arrestó a un capitán de gavillas que intentó un pronunciamiento a favor de la república. Media hora después una gavilla atacó al pueblo para rescatar al bandido y poco faltó para que el juez fuese asesinado. La corte marcial está en ese momento enjuiciando al jefe de gavilla que será ejecutado mañana, si resulta condenado. Tal arresto es uno de los buenos síntomas producidos por el éxito del 23 de abril.

A la policía se le paga muy mal; nunca arresta a nadie y lo más probable es que de aviso a los culpables para que puedan escapar. Morelia está llena de oficiales de Régules que vienen a vacacionar. Todo el mundo lo sabe, lo ve; el prefecto, el jefe de la policía me dice que así es y no se arresta a nadie. Los banqueros de Morelia tienen en depósito los fondos de los disidentes, pagan las libranzas de Régules y la autoridad no dice nada.

Hay que confesar que el imperio está servido de una manera extraña y que recibimos poca ayuda. ¿Qué debo hacer con el ingeniero belga que quiso contratar (para los liberales) soldados? Tengo ganas de mandarle a la corte marcial y al paredón. Un ciudadano de Morelia fue arrestado cuando intentaba comprar bayonetas a los belgas. Tal delito no releva de la corte marcial y como no tengo elementos necesarios para un consejo de guerra, di la orden de soltar a este individuo después de una breve regañada.

Tengo el honor de etc...

Como lo escribió unos años después el capitán del Estado Mayor G. Niox:

¿Cómo pacificar un país en el cual los liberales tenían la seguridad de encontrar en cada casa un refugio, en cada habitante un amigo? La rapidez asombrosa con la cual Régules formaba de nuevo cuerpos de miles de hombres, cuando la víspera se le creía agotado, aniquilado, da una idea de los recursos que le ofrecía Michoacán.<sup>26</sup>

<sup>26</sup> General Gustave Niox, *Expédition du Mexique, Récit politique et militaire*, Paris, Dumaine, 1874, p. 622.

## Bibliografía

- SHAT, Service Historique des Armées de Terre, Chateau de Vincennes, Vincennes, Francia.
- Aronsohn, Jules, sus cartas se encuentran en *La France au Mexique*, de Etienne MICARD, París, Le Monde Moderne, 1927.
- Barail, Général du, *Mes souvenirs*, París, Plon, 1913, 3 vols.
- Blanchot, coronel Charles, *Mémoires. L'intervention française au Mexique*, París, Nourry, 1911, 3 vols.
- Bochet, comandante Jules, *Campagne du Mexique 1862-1867. Journal d'un Officier des chasseurs a pied*, París, G. Bertin, 1897.
- Bonneau du Martray, General, *Lettres de Mexique*, *La Sabretache*, XXV (1922), pp. 309-404 y 417-493.
- Bourdeau, Teniente Coronel, *La guerre au Mexique, Journal de Marche du 7e Régiment d'Infanterie*, París, Chapelot, 1894.
- Brincourt, general H.A., *Lettres*, París, Plon, 1923.
- Fabre, general Adolphe, *Ses campagnes d'après ses notes et sa correspondance*, *Bulletin de la Société Académique du Centre*, Chateauroux, tomo VIII, 1902, tomo IX, 1903, tomo X, 1904, tomo XI, 1905.
- Frelaut, general Auguste, *Lettres d'Italie et du Mexique*, *La Sabretache*, XL (1937), pp. 498-520, XLI (1938), XLII (1939).
- Grodvolle, sub-intendente Myrtil, *Lettres du Mexique*, editado por Jean Rollet, París, 1965.
- Guinard, capitán Paul, *Lettres sur la guerre du Mexique*, *Revue Rétrospective*, 1892, tomo 17.
- Japy, general Frédéric, *Lettres d'un soldat à sa mère (1849-1970)*, Montbéliard, 1910 (México, pp. 185-271).
- La tour du Pin Chambly, Marquis de, *Feuillets de la vie militaire sous le Second Empire*, París, Nouvelle Librairie Nationale, 1912.
- Lahalle, coronel Oscar, *Mes souvenirs* (manuscrito en posesión de la familia)
- Laurent, capitán Paul, *La guerre du Mexique de 1862 a 1866*, *Journal de Marche du 3e Régiment de Chasseurs d'Afrique*, París, 1867.
- Ledémé, coronel Philippe, *Lettres a sa famille durant les campagnes de Crimée et du Mexique*, Montilgeon, Orne, 1905.
- Loizillon, teniente coronel Henri, *Lettres sur l'expédition du Mexique publiées par sa soeur*, París, L. Baudoin, 1890.
- Lussan, coronel Eloi, *Souvenirs du Mexique*, París, 1909.
- Margueritte, Paul, *Mon père*, París, 1887 (2ª edición).
- Margueritte, Victor, *Un grand français: le général Margueritte*, París, 1930.
- Montfort, Emile de, "Souvenirs de guerre, Mexique 1864-1867", *Le Correspondant*, 10 de noviembre de 1910, 10 de diciembre de 1910, 25 de enero de 1911.
- Niox, general Gustave, *Expédition du Mexique, Récit politique et militaire*, París, Dumaine, 1874.

- Olivier, General, Lettres et souvenirs, *La Sabretache*, 1925, pp. 336-376, 413-438, 474-496.
- Pierard, Abbé Aristide, capellán divisionario, *Souvenirs du Mexique*, Bruselas, 1867.
- Randon, mariscal Jacques, *Mémoires du Maréchal Randon*. Labure, París, pp. 1875-1877
- Rivière, capitán de navío Henri, *La marine française au Mexique*, París, Challamel aîné, 1881.
- Thoumas, general Charles, "Récits de guerre, 1862-1867"; *Les française au Mexique*, Librairie Blond et Barral, París, 1891.
- Tucé, Adrien de, *Souvenirs du Mexique*, París, 1868.
- \_\_\_\_\_, Cinq ans au Mexique 1862-1867, en *Cahiers de la Quinzaine*, 12ème série, 10e cahier, París, junio 1911, 2ª edición, Giard et Briere, 1915.
- Vanson, general Joseph, *Crimée, Italie, Mexique; lettres de campagne, 1854-1867*, París, Berger-Levrault, 1905.
- Vigneaux, Ernest, *Souvenirs d'un prisonnier français au Mexique*, París, 1864.
- Wolf, intendente general Alexis, *Mes Souvenirs militaires*, París, Spectateur militaire, 1886 (México pp. 183-503).
- Zédé, general, Souvenirs, *La Sabretache*, tomos XXXVI, XXXVII, XXXVIII, XXXIX.